

EL PAPEL DEL HISTORIADOR EN CENTROAMERICA

Ciro Flamarion S. Cardoso

Antes de abordar la cuestión específica que anuncia el título es necesario contestar a dos preguntas estrechamente vinculadas entre sí y cuyo ámbito es mucho más general: 1) ¿Qué es la historia en la actualidad? ; y 2) ¿para qué sirve? Ello nos permitirá plantear en qué consiste la posición del historiador en nuestro mundo contemporáneo, qué finalidad tiene su labor profesional, condición previa indispensable al enfoque del papel que debe jugar el historiador centroamericano.

Por historia entenderemos, en el marco de este pequeño trabajo, la *ciencia que hacen los historiadores*. Tomada así, la palabra "historia" designa hoy día algo muy diferente de lo que se consideraba hace algunas décadas como el campo específico de la actividad del historiador profesional.

A comienzos de nuestro siglo, y aun hasta la Segunda Guerra Mundial, el universo de los estudios históricos se presentaba bajo el signo de algunos principios aceptados muy ampliamente y fijados en diversos manuales. Los mencionados principios eran heredados por cada nueva generación de historiadores, y se iban así transmitiendo casi sin alteraciones, aunque en realidad su base era extremadamente frágil, constituida como lo estaba por una suerte de síntesis *contra natura* de dos corrientes enraizadas en el siglo XIX: el positivismo y el idealismo historicista.

La concepción positivista de la profesión de historiador reposaba sobre cierto número de certezas bien arraigadas desde los años 1890, cuando surgió el célebre manual de Langlois y Seignobos. Al historiador le tocaría la recolección de los "hechos históricos" —por definición, hechos "individuales", "singulares", "irrepetibles"—. a partir de la documentación escrita disponible; debería cosecharlos todos, con total objetividad, sin seleccionarlos. Dichos "hechos" eran vistos como algo substancial, la propia materia de la historia, y como existentes en forma latente en las fuentes, ya antes de que los percibiese el estudioso. En realidad, los "hechos" considerados como "históricos" eran entonces integrantes de una pequeña cantidad de categorías: político—institucionales, diplomáticos, militares e ideológicas (en el sentido de la ideología de los grupos dominantes) sobre todo. El nacionalismo del siglo XIX enmarcaba poderosamente la labor de investigación en las fronteras de cada país, consideradas como límite "natural" en la definición del universo del análisis; la historia aparecía como historia de los Estados y sus relaciones, su ritmo y sus divisiones se determinaban en términos de reinados, presidencias, ministerios, batallas y tratados. Los historiadores positivistas heredaron de los largos esfuerzos de la erudición a partir del Renacimiento y principalmente del siglo XVII, una serie de disciplinas (llamadas "ciencias") auxiliares, como la diplomática, la paleografía, la heráldica, la cronología, etc., que aplicaban sobre todo a la crítica externa e interna de los documentos escritos, núcleo del método histórico tal como se lo veía

entonces. La confianza de los estudiosos en ese método era absoluta; lo creían científico, objetivo e infalible. Sin embargo, había una gran diferencia entre lo que juzgaban hacer y lo que en la práctica hacían: como cualquier investigador de cualquier ciencia, seleccionaban y recortaban tanto “hechos” como fuentes; en una palabra, *constituían*, con arreglo a hipótesis implícitas, su objeto de estudio (1).

Escuchemos al respecto a François Furet (2):

“La historia ‘episódica’ no se define por la preponderancia concedida a los hechos de orden político; no está constituida tampoco por la simple narración de ciertos ‘acontecimientos’ seleccionados en el eje del tiempo; ella está basada sobre todo en la idea de que tales acontecimientos son únicos e imposibles de integrar en una distribución estadística, y que tal acontecimiento único es el material por excelencia de la historia. Es por ello que este tipo de historia aparece puntualizado a la vez —y contradictoriamente— por el tiempo corto y por una ideología finalista; como el acontecimiento —irrupción súbita de lo único y de lo nuevo en la cadena del tiempo— no puede ser comparada con ningún antecedente, la única manera de integrarlo a la historia está en atribuirle un sentido teológico: si él no tiene un pasado, tendrá un futuro. Y como la historia se ha desarrollado desde el siglo XIX como un modo de interiorización y conceptualización del sentimiento del progreso, el ‘acontecimiento’ indica casi siempre la etapa de un advenimiento político o filosófico: República, libertad, democracia, razón”.

O sea, en la medida en que el “hecho histórico” se define como algo cuya especificidad es irreductible, para que sea posible componer una narración ordenada saltando de “hecho” a “hecho”, componiendo los “hechos” en una cadena lineal de causas y consecuencias, era imprescindible el recurso a una concepción global del devenir histórico, definida fuera del “hecho” y en forma independiente de él: es decir, a una *filosofía de la historia*.

Cuando, hace cerca de un siglo, F. Engels escribió que el idealismo “fue lanzado en su último asidero —la historia—”, y que la filosofía se había tornado superflua en los dominios de “la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia”, salvo como una “teoría del pensamiento y sus leyes” (3), se estaba refiriendo, por supuesto, a la concepción materialista del mundo y de la historia tal como la construyeron Marx y él. En el mundo de los historiadores académicos, no obstante, siguió predominando aún durante mucho tiempo la tendencia opuesta; la desafección creciente de los historiadores por la filosofía de la historia, que constata Geoffrey Barraclough aprobándola, es algo bastante reciente (4).

1. Cf. Marc Bloch, *Introducción a la historia*, trad. de Pablo González Casanova y Max Aub, col. Breviarios, N° 64, México, Fondo de Cultura Económica, 1974 (6a. reimpresión); Lucien Febvre, *Combates por la historia*, trad. de F.J. Fernández B. y E. Argullol, Barcelona, Ediciones Ariel, 1970.
2. François Furet, “L’histoire quantitative et la construction du fait historique”, en *Anales E.S.C.* (Paris, A. Colin), enero-febrero de 1971, pp. 63–75 (aquí, p. 71).
3. Federico Engels, *El anti-Dühring*, trad. de J.V. Montenegro y Montero, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1970 (3a. Edición), pp. 33–34.
4. Geoffrey Barraclough, “History, capítulo III de la obra en preparación: *Main Trends of Research in the Social and Human Sciences*, Segunda parte, UNESCO, sin fecha, mimeografiado, pp. 258–267. Cf. también Carlos M. Rama, *Teoría de la historia*, Madrid, Editorial Tecnos, 1968 (2a. ed.) p. 21.

También la concepción idealista de la historia, con su distinción estricta entre "historia" y "ciencia" (o entre "ciencia social" y "ciencias nomotéticas"), constituía, como el positivismo, una herencia del siglo XIX. De hecho, se trataba apenas de uno de los aspectos de una tendencia que pesó negativamente durante muchas décadas sobre el conjunto de las ciencias sociales: la negación de que los comportamientos humanos sean susceptibles de estudio científico, utilizando la lógica de la explicación de las ciencias naturales y buscando formular leyes. En efecto, se afirmaba que las ciencias sociales son "ciencias del espíritu", cualitativamente distintas de las ciencias naturales, y deben usar por ello una metodología especial —"la comprensión" (*Verstehen*)—, y no la explicación. Aunque esta posición epistemológica ha sido superada hace relativamente bastante tiempo, con la demostración de que la "comprensión" no constituye ningún método, y de lo insostenible que resulta negar la posibilidad de aplicar el método científico (hipotético—deductivo) a los hechos sociales (5), y en lo que concierne a la historia su superación fue más lenta que en el marco de las demás ciencias sociales, debido a la concepción predominante de su carácter "ideográfico", volcado hacia los hechos "únicos", "irrepetibles", a los que ninguna ley se puede aplicar. También aquí había un error de perspectiva fundamental: la ley científica no se aplica a los fenómenos o procesos mismos, sino a propiedades o características comunes, presentes en una serie de fenómenos o procesos. Así, por ejemplo, si bien es cierto que cada crisis de la economía europea entre el siglo XVI y el XVIII es, tomada en sí misma, algo único e irrepetible, el hecho de que las crisis ocurridas en el mencionado período tengan una serie de características comunes, permite la construcción de una teoría científica de las "crisis de Antiguo Régimen y sus leyes" (6).

Sea como fuere, durante muchas décadas de este siglo la influencia del historicismo idealista se extendió con el prestigio de Dilthey y Corce; su forma más influyente fue el llamado "historicismo alemán" (Simmel, Dilthey, Troeltsch, Meinecke, etc.). En la medida en que la Primera Guerra Mundial, la crisis de 1929 y sus secuelas fueron debilitando el optimismo beato y eurocéntrico del siglo pasado, el historicismo y su subjetivismo relativista y pesimista se volvieron más poderosos entre los historiadores (7).

Resulta bastante difícil la explicación de cómo fue posible la síntesis y el compromiso entre dos tendencias tan excluyentes como lo son el positivismo y el idealismo. Es cierto, sin embargo, que más que de una síntesis, se trataba de una yuxtaposición. Se consideraba la investigación histórica como un proceso que se desarrolla en dos etapas: las reglas positivistas de recolección y crítica de las fuentes escritas se aceptaban como válidas en la primera; mientras que la "intuición" o la "comprensión" se manifestaban en la fase final, con el peso del marco individual de valores del historiador, al elaborar la síntesis y presentar los resultados. Por otra parte, ambas corrientes coincidían en varios aspectos, en lo que concierne a sus resultados prácticos, concretos, en el marco de la labor profesional de los historiadores:

-
5. Cf. T. Abel, "The Operation Called 'Verstehen'", en *The American Journal of Sociology*, LIV, 3, 1946; C. Hempel y P. Openheim, "The Logic of Explanation", en *Philosophy of Science*, 15, 1948, pp. 135—175; Mario Bunge, *Causalidad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1961, pp. 267—278.
 6. C. Ernest Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, trad. de Antonio Caamaño, Madrid, Ed. Tecnos, 1962; Jean Meuvret, *Etudes d'histoire économique*, Paris, Armand Colin, 1971.
 7. Cf. Barraclough, *op. cit.*, pp. 1—25.

preocupación exagerada por la "causalidad"; culto del detalle y de lo individual; creencia en el carácter gratuito de los estudios históricos (su finalidad sería "el pasado por el pasado mismo"), etc. También es posible percibir "dosis" diferentes de los dos ingredientes de la mezcla según los países: predominio absoluto del historicismo en Alemania; mayor fuerza del positivismo en Francia; enorme influencia de Max Weber, pero compensada por una fuerte tendencia pragmática, en los Estados Unidos, etc. Sea como fuere, estaban siempre presentes tanto las reglas metodológicas del positivismo como el relativismo historicista. El historicismo contó con hombres prestigiosos como Collingwood, Henri—Irenée Marrou y Raymond Aron; a través sobre todo de la influencia de Ortega y Gasset y de Marvall, ganó también los ambientes universitarios de América Latina.

Hoy día resultaría fácil reírse de la suficiencia pomposa y de las ilusiones de los historiadores positivistas, de su método limitado a la crítica de los testimonios, etc. Sin embargo, la disciplina mental a la que el método crítico acostumbró a los historiadores fue un paso importante en la constitución de la historia como ciencia; además, de todos modos hay que saber ubicar en forma adecuada los documentos en el tiempo y el espacio, estar seguros de su autenticidad, confiabilidad y contenido exacto. El mismo idealismo historicista, cuyo peso fue casi del todo negativo y esterilizante (8), tuvo la importancia de denunciar las falacias del positivismo, ocultas por una espesa capa de optimismo.

De la crítica teórica de tales concepciones (Paul Lacombe, Henri Berr) con los *Annales* de Lucien Febvre y Marc Bloch (1929 se pasó a la demostración *práctica* de que una forma alternativa de hacer historia era posible. De los esfuerzos de lo que se acostumbra llamar inadecuadamente la "escuela de los *Annales*", y de la influencia del marxismo, nació la "nueva historia" —que pretende ser una "historia—problema" en vez de una "historia—narración"—, predominante después de la Segunda Guerra Mundial. Sus características principales son las siguientes: 1) la creencia en el carácter científico de la historia, aún tratándose de una ciencia "en formación"; 2) el debate permanente con las ciencias sociales, y la importación de problemáticas, métodos y técnicas de dichas ciencias (incluso un gran acopio de métodos y técnicas de cuantificación); 3) la ampliación de los horizontes de la ciencia histórica, que tiene la pretensión de abarcar en una síntesis global a todos los aspectos de la vida social: la "civilización material", el poder y las mentalidades colectivas; 4) la insistencia en los aspectos sociales, colectivos, recurrentes, de preferencia a los individuales, biográficos y "episódicos"; de ahí el énfasis en la historia demográfica, económica y social; 5) la utilización de todos los tipos de documentos de que se pueda disponer: además de los textos escritos, los vestigios arqueológicos, la tradición oral, los restos de sistemas agrarios del pasado aún visibles en el paisaje contemporáneo, etc.; 6) el creciente descrédito de las síntesis globales de base filosófica —como las de Spengler y Toynbee—, y el también creciente recurso a la historia comparativa como instrumento de construcción y control de las generalizaciones explicativas; 7) la toma de conciencia de la pluralidad de los niveles de temporalidad (la corta duración, el tiempo coyuntural múltiple, el nivel profundo de las estructuras), y de las arritmias en la evolución de los distintos niveles estructurales: económico, social y mental (9).

8. *Ibidem*.

9. Además de los libros de Bloch y Febvre citados en la nota N° 1, cf.: Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, trad. de J. Gómez Mendoza, Madrid, Alianza Editorial, 1970 (2a. edición); E. Labrousse y otros, *Las estructuras y los hombres*, trad. de M. Sacristán, Barcelona, Ariel, 1969; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien*, Paris, Editions Gallimard, 1973.

Aún más que todos estos cambios, quizás, nos interesará aquí la evolución de la actitud misma del historiador hacia el pasado. En efecto, ya no se trata de estudiar el pasado por el pasado mismo. Como lo demostraron Lucien Febvre y Marc Bloch, el oficio de historiador implica una responsabilidad social: la historia, según creían, debe plantear problemas que respondan a las inquietudes y necesidades del presente. En 1946, en el manifiesto de los nuevos *Anales*, Lucien Febvre indicaba que una historia problemática es una forma de conciencia que “permitirá a sus contemporáneos, [los del historiador —C.F.S.C.] a sus conciudadanos, comprender mejor los dramas que van a ser, de que ya son, todos juntos, actores y espectadores”. La historia aparece entonces como iluminación del presente y “deja de aparecer como una necrópolis dormida por la que sólo pasan sombras despojadas de substancia” (10).

En el mismo sentido viene la respuesta de Robert J. Braidwood a la pregunta que plantea él mismo: “¿por qué nos preocupamos de la prehistoria?” En primer lugar, contesta, debido a “la curiosidad del hombre sobre sí mismo”. Pero también porque a nosotros, que vivimos los “problemáticos inicios” de una nueva era de la historia de la humanidad, inaugurada hace tan sólo dos siglos con los comienzos de la revolución industrial, puede ser de gran utilidad el examen de cómo se desarrolló el segundo acto —ya concluido— de dicha historia, es decir, el paso de una economía de depredación a una de producción de alimentos. Y agrega (11):

“Hay muchas lecciones que aprender del pasado del hombre, no simples lecciones sobre cómo combatir o ganar conferencias de paz, sino sobre cómo la sociedad evoluciona de un estadio a otro. Muchas de estas lecciones sólo pueden ser encontradas en el pasado prehistórico. Hasta ahora, tan sólo hemos empezado. Hay aún mucho por hacer y muchos vacíos que llenar en la historia. La labor del prehistoriador es encontrar las pruebas, llenar los vacíos y descubrir lecciones que los hombres aprendieron en el pasado. En mi opinión, ésta es una meta no sólo atractiva sino muy práctica, por la cual luchar”.

Los procesos históricos, pese a que son siempre “únicos”, iluminan en perspectiva —cuando son enfocados adecuadamente— las condiciones comunes a todos ellos; y el conocimiento de lo que es común ayuda a su vez a percibir mejor las especificidades irreductibles de cada proceso.

Lo que distingue al historiador de los demás científicos sociales es su primordial preocupación por el *tiempo*, con la duración, con el cambio y las resistencias al cambio, con las transformaciones y las permanencias o supervivencias (12). Si la documentación adecuada está disponible, ningún aspecto del presente está cerrado a la investigación científica de tipo histórico (13); pero el historiador, aun cuando analiza procesos

10. L. Febvre, *op. cit.*, pp. 71, 57.

11. Robert J. Braidwood, *El hombre prehistórico*, trad. de C. González de Chuaqui, col. Breviarios, N° 107A, México, F.C.E., 1971, pp. 264—266.

12. Cf. Braudel, *op. cit.*; Labrousse y otros, *Las estructuras y los hombres*.

13. Aquellos que tienen una opinión distinta al respecto, en la medida en que existen en la actualidad muchísimos historiadores que investigan temas específicamente contemporáneos llegando hasta nuestros días, harían bien en demostrar que tales investigaciones carecen de carácter científico y por qué, en lugar de repetir *ad nauseam* viejas y raídas argumentaciones de tipo filosófico; claro que, para hacerlo, tendrán que tomar conocimiento de las investigaciones mencionadas... (por ejemplo las de O'Lessker, Charles Tilly, Edward Shorter, J. Ganiage, etc.).

estrictamente contemporáneos, lo hace con la preocupación de situarlos en una perspectiva de temporalidad, y en especial en la larga duración, y ello permite sin ninguna duda alcanzar un conocimiento mucho más adecuado de dichos procesos. Esto significa que la dimensión histórica aporta un elemento de interpretación muy importante a los estudios que emprenden ciencias como la sociología, la antropología, la demografía, la ciencia política, etc. (14).

Sin embargo, como no todas las corrientes y enfoques de las ciencias sociales están de acuerdo en aceptar la importancia primordial de la dimensión histórica, las opiniones contrarias acostumbran refugiarse en ciertos argumentos, que encontramos con frecuencia en muchos libros. En especial, se afirma que la reciente evolución de las técnicas ha transformado de tal manera las condiciones ulteriores de cambio, que la historia dejó de ser útil en el sentido de guiar o iluminar los procesos actuales de modificación estructural. Ester Boserup examina tal afirmación al final de su libro sobre las condiciones del desarrollo agrícola, y demuestra que no es válida para el análisis, en lo que concierne a la agricultura de los países llamados "subdesarrollados" (15):

"parece, por consiguiente, algo irrealista el suponer que una revolución de técnicas agrícolas por medio de métodos modernos industriales y científicos pueda tener lugar en un próximo futuro dentro de aquellos países que todavía no han alcanzado la etapa de la industrialización urbana. No parece, en otras palabras, muy probable que se produzca una reversión del proceso tradicional, en el que el sector urbano tiende a adoptar métodos modernos mucho antes que relativamente de que el sector agrícola experimente una transformación correspondiente. La experiencia pasada puede, por consiguiente, tener aún cierta aplicación para la planificación del desarrollo agrario en el mundo subdesarrollado de hoy día.

De hecho, la afirmación de una no pertinencia de la dimensión histórica para el análisis de las opciones actuales y futuras es igualmente falsa en lo que concierne a los países industriales. ¿Por qué, por ejemplo, el capitalismo avanzado presenta características específicas tan marcadas e importantes, en tantos niveles, cuando comparamos a Francia, Inglaterra, Japón, los Estados Unidos? Nos parece del todo imposible abordar en forma adecuada este problema, y las posibilidades alternativas de evolución futura a corto y largo plazo de los diferentes aspectos que implica en los países mencionados, haciéndose abstracción de sus respectivos procesos históricos.

El historiador centroamericano se mueve en un ambiente universitario —y en particular en un ambiente de estudios históricos— que, como en el resto de América Latina —pero con mayor intensidad que en algunos grandes países latinoamericanos—, se caracteriza por un gran atraso con relación a los grandes centros culturales del mundo. Polémicas muertas y enterradas en Europa, tendencias condenadas allá, desenmascaradas hace bastante tiempo, siguen vigentes acá. Lo peor es que a veces falta incluso la conciencia de que hay problemas en cuanto a la vigencia de una historia biográfica o

-
14. Cf. Jean Piaget, *Epistémologie des sciences de l'homme*, col. Idées, Paris, Gallimard, 1972, pp. 33–36: la dimensión histórica o genética aparece incluida por Piaget entre las condiciones de la transformación de las ciencias sociales en ciencias "nomotéticas".
 15. Ester Boserup, *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*, trad. de A. Falder Rivero, Madrid, Ed. Tecnos, 1967, pp. 205–206.

exclusivamente político—institucional, elaborada según marcos interpretativos heredados del positivismo y/o del idealismo historicista. O, cuando sí se tiene alguna idea, por ejemplo, de las críticas de la escuela francesa a esas maneras de hacer historia, ello no se traduce en opciones metodológicas concretas en lo que hace a la labor de investigación.

Es cierto que, de muy pocos años a esta parte, se puede observar en algunos países de Centroamérica un interés naciente por las nuevas formas de trabajar en historia, alentado sobre todo por los esfuerzos del Programa Centroamericano de Ciencias Sociales de la Confederación Universitaria Centroamericana. Dichos esfuerzos toman formas variadas: un proyecto de investigación de historia económica y social de América Central (1821–1930); la realización del I Congreso Centroamericano de Historia Demográfica, Económica y Social (Costa Rica, febrero de 1973); cursos y seminarios de metodología de la historia llevados a cabo en las universidades del área (Costa Rica, Honduras, Guatemala y Nicaragua) (16). La muy reciente tesis de grado presentada por el Lic. Víctor Hugo Acuña Ortega, versando sobre la economía del tabaco en el período colonial de Costa Rica, concebida según los patrones más recientes de la historia económica en cuanto a la problemática y al aspecto técnico—metodológico, el hecho de que algunos otros trabajos y tesis se preparan dentro de la misma perspectiva, permiten un optimismo moderado en cuanto a las posibilidades de la renovación de la investigación histórica, por lo menos en el caso costarricense (17).

Al adoptar progresivamente la “nueva historia”, los historiadores centroamericanos se verán enfrentados a ciertos problemas que deben solucionar todos aquellos que la cultivan en América Latina. Se trata, en primer lugar, de la necesidad de adaptar las problemáticas, métodos y técnicas elaborados en función de realidades europeas o norteamericanas, a las necesidades específicas de la investigación histórica de sociedades latinoamericanas; en segundo lugar, de encontrar alguna salida a las limitaciones de financiamiento y apoyo institucional, puesto que tales factores tienen gran importancia cuando se trabaja en proyectos de investigación relativamente caros y largos. Eventualmente, será necesario también proceder a formar verdaderos equipos de investigación, integrados por varios profesores y estudiantes (18).

En conclusión, diríamos que, como cualquier otro historiador, el de Centroamérica tiene un compromiso ineludible con la sociedad en que vive y actúa. Su papel es de poner sus capacidades profesionales al servicio de tareas sociales que se imponen a la colectividad de la que forma parte. En América Latina —y Centroamérica no es una excepción—, no cabe duda sobre la naturaleza de la tarea: la superación de la dependencia, del llamado “subdesarrollo” y de estructuras sociales caracterizadas por grandes desequilibrios e injusticias. Ahora bien, las concepciones de la “nueva historia”, con su carácter de “historia—problema”, con su enfoque globalizante, con su énfasis en lo colectivo, lo social, convienen mucho más a la elaboración de investigaciones históricas y a la enseñanza histórica que sí puedan representar una contribución válida de los historiadores del área al esfuerzo colectivo en el sentido ya mencionado, que la vieja historia narrativa, nacionalista, “patriótica” y creadora de mitos que cumplen exactamente una función de preservación de las estructuras vigentes, a través de los mecanismos de hegemonía ideológica. Por ello, la renovación de sus perspectivas, una redefinición profesional adecuada, constituyen para el historiador centroamericano el objetivo más inmediato. Se trata de adquirir las herramientas teórico—metodológicas que le permitan cumplir, profesionalmente y con efectividad, su cometido social.

16. Cf. los números 4, 5 y 6 de *Estudios Sociales Centroamericanos*; el N^o 1 contiene el proyecto de investigación mencionado.

17. Víctor Hugo Acuña Ortega, *Historia económica del tabaco, Epoca colonial*, Universidad de Costa Rica (Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Historia y Geografía), 1974 (tesis de grado inédita).

18. Cf. Enrique Florescano (ed.) *Perspectivas de la historia económica cuantitativa en América Latina*, México, CLACSO—El Colegio de México, 1970 (mimeografiado). Varios autores, *La historia económica en América Latina* 2 tomos, México, sep/Setentas, 1972.